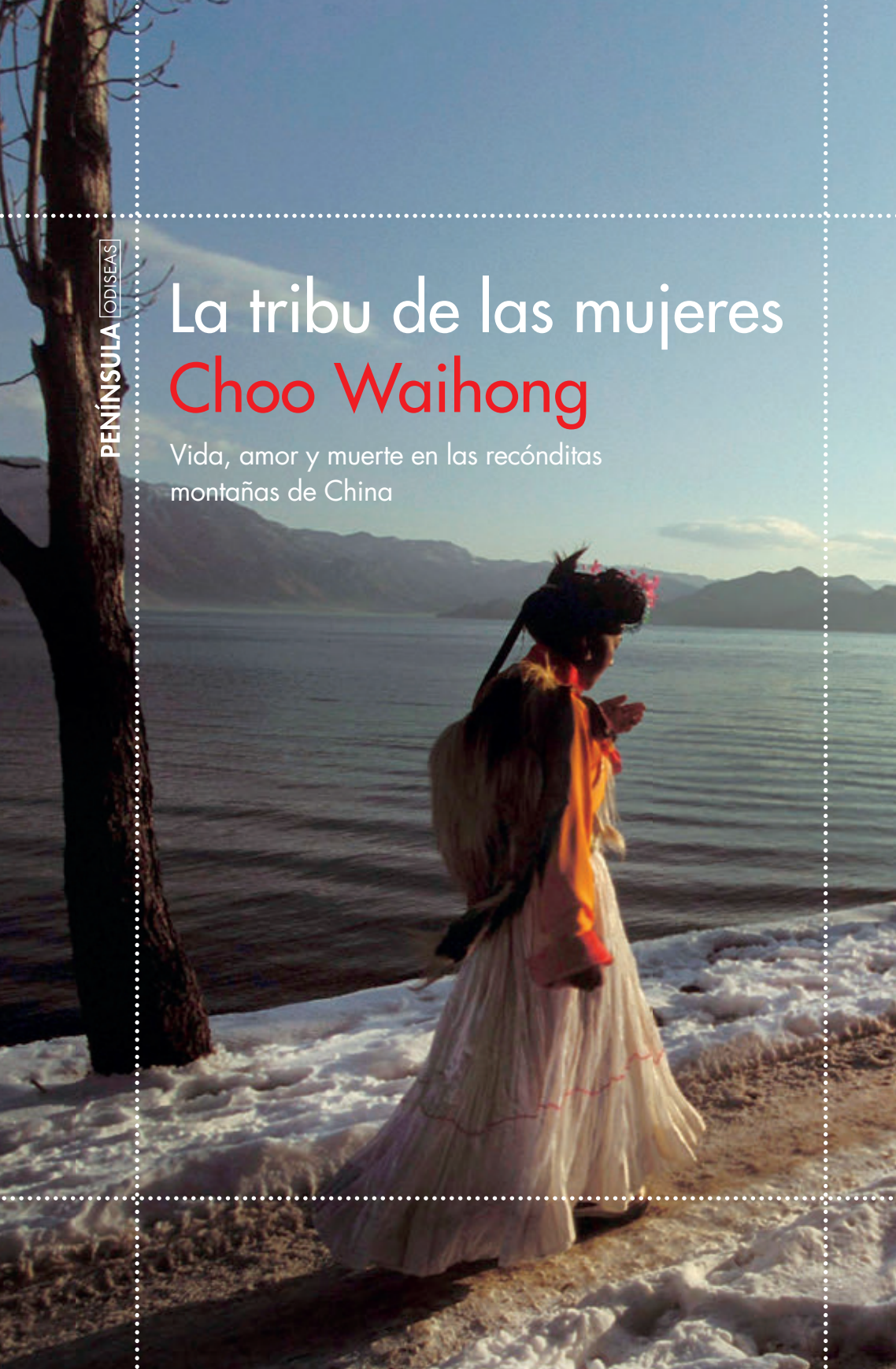


PENÍNSULA ODISEAS

La tribu de las mujeres

Choo Waihong

Vida, amor y muerte en las recónditas
montañas de China



La tribu de las mujeres

Choo Waihong

Vida, amor y muerte en las recónditas
montañas de China

Traducción de Andrea Montero

ediciones península

Título original: *The Kingdom of Women*

© Choo Waihong, 2017, 2018

Publicado de acuerdo con I.B. Tauris & Co Ltd, Londres. La edición original en inglés se titula *The Kingdom of Women: Life, Love and Death in China's Hidden Mountains* y ha sido publicada por I.B. Tauris & Co Ltd.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2018

© de la traducción del inglés: Andrea Montero Cusset, 2018

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, son obra de la autora.

Mapa al cuidado de Choo Waihong

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
CPI-BARCELONA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 21.851-2018
ISBN: 978-84-9942-742-3

ÍNDICE

Introducción	11
Prólogo	13
1. Llegar al Reino de las Mujeres	21
2. Construir una casa mosuo	39
3. Volverme nativa	55
4. Llegar a conocer a los mosuo	71
5. Convertirme en madrina	89
6. Cazar y comer en tiempos pasados	107
7. Por qué las mujeres mosuo son geniales	123
8. Los hombres mosuo también son geniales	143
9. Un matrimonio que no es un matrimonio	163
10. Los lazos matrilineales que unen	181
11. La habitación del nacimiento y la muerte	195
12. Al filo de la extinción	207
Agradecimientos	219
Glosario	221

LLEGAR AL REINO DE LAS MUJERES

Muy de vez en cuando, un viajero tiene la suerte de encontrarse con la mención de un lugar tan fascinante, tan misterioso, que resultaría imperdonable no responder a esa llamada. Hacía meses que había dejado mi trabajo. Seguía el impulso de descubrir lo que China me tenía reservado, llevaba tiempo viajando a las ciudades y zonas rurales más conocidas del vasto país de mis antepasados. Entonces, me topé con un artículo en una revista de viajes sobre una tribu que vivía apartada en un rincón de Yunnan y cuyas gentes veneraban a una montaña-diosa llamada Gemu.

Esta tribu, asentada junto a un lago en el extremo oriental de la precordillera del Himalaya, era, al parecer, una de las pocas sociedades matrilineales que quedaban en el mundo. Me pareció increíble que siguiera existiendo una sociedad matrilineal en el siglo XXI, por no hablar del hecho de que se hallase en lo más profundo de la China patriarcal. Se trata de una tierra en la que el patriarcado está tan arraigado que la mentalidad de sesgo masculino ha ocasionado, en la actualidad, sobre todo mediante el aborto, un desequilibrio de género de casi ciento veinte niños por cada cien niñas. También es el lugar del que emigró mi abuelo para huir de la pobreza y comenzar una nueva vida en Malasia. Allí echó sus raíces patriarcales tradicionales, que produjeron en

mi padre una preferencia intransigente por los niños, lo que, a su vez, me llevó a mí a una defensa tenaz del trato igualitario de las mujeres en un mundo de hombres.

Decir que mi corazón feminista se aceleró al leer que esa tribu mosuo practica una ceremonia religiosa en honor de una deidad femenina sería quedarme corta. Incluso el nombre con el que los chinos se refieren a dicha tribu, el Reino de las Mujeres, conjura un inimaginable mundo poblado por amazonas de nuestros días.

Sentí curiosidad por saber cómo se había desarrollado la historia de la tribu mosuo. Provista de un conocimiento limitado de la lengua china, rastree libros y artículos escritos por antropólogos, historiadores, periodistas y sociólogos y ensamblé una introducción a la historia del Reino de las Mujeres.

Hace dos mil años o incluso más, depende de la fuente, los mosuos, conocidos originalmente como el pueblo na, se trasladaron desde las altas montañas del noroeste hasta donde se encuentran hoy, en busca de un clima más cálido. Debieron de pasar años y años caminando, atravesando duras cordilleras, antes de alcanzar la gran meseta situada a una altitud inferior y mucho más hospitalaria que su tierra natal.

Allí descubrieron un hermoso lago a la sombra de una montaña alta de granito. Junto a la orilla, encontraron un clima más cálido, agua más clara en primavera, tierra más rica y pinares con flora y fauna salvajes y abundantes. Su descubrimiento los llevó a establecerse entre los oteros y valles que salpicaban la meseta de Yongning, a orillas del lago. Reclamaron la propiedad del lago y honraron sus vivificantes aguas con un nombre que evocaba una gran fuerza femenina, el de lago Madre o Xienami. Fue rebautizado más tarde como lago Lugu debido a su forma, semejante a un *lugu*, un contenedor de agua hecho con la cáscara de una calabaza. Y lo que es más significativo, reclamaron la montaña como propia y la reconocieron también como femenina, en la forma de una nueva y bella diosa protectora, Gemu.

El pueblo na se llevó con él su antigua forma de vida, la recolección de frutos del bosque, la caza de animales de todos los tamaños y el cultivo de cosechas rudimentarias en sus pequeñas fincas. También se llevó algo valioso del pasado, un pasado tan lejano que algunos historiadores dicen que se remonta a los albores de la historia de la humanidad. Esta valiosa reliquia evoca una época en la que el mundo estaba lleno de deidades que representaban las múltiples caras de la naturaleza; las más importantes siempre tenían rostro femenino. Los eruditos modernos pueden limitarse a etiquetarlas como diosas de la fertilidad, pero entonces constituían los fundamentos espirituales de la sociedad humana.

Este espíritu de abrazar a la mujer como pilar de la sociedad, representada por la diosa de la montaña Gemu, fue la joya de la corona que llevaron los na al lago Madre. A medida que empezaban a erigir sus nuevas vidas, reorganizaron la comunidad siguiendo el camino tomado por sus antepasadas, el de crear y conectar a los miembros de la familia por su línea de sangre materna. Construyeron grandes casas con troncos de pino procedentes de la ladera de la montaña para albergar a sus familias, de ascendencia femenina, y permanecer conectados con el hilo materno primigenio.

Es posible que el misterio de cómo llegaron los mosuo a ser lo que son no se resuelva nunca de manera categórica, pero si se me permite recurrir a la escuela de pensamiento que sugiere que toda la humanidad comenzó con sociedades matrilineales, me aventuraría a decir que la historia de los mosuo debe de remontarse al principio de la humanidad, hace decenas de miles de años.

No cabe duda de que los mosuo han sido estrictamente matrilineales a lo largo del tiempo. También resulta evidente que veneran fuerzas de la naturaleza del mismo modo que nuestros ancestros en las primeras sociedades paganas. Que adoren sobre todo a Gemu, la diosa de la montaña, entre numerosas deidades a las que valoran muchísimo, se remonta a la tradición humana

más antigua de rendir culto a la Gran Diosa y a otras deidades femeninas menores en la Edad de Piedra.

Los arqueólogos han hallado multitud de ejemplos de culto a diosas antiguas en todo el mundo. Estaban la Gran Diosa original, la Diosa Madre, Hera en Grecia, la deidad Isis en Egipto, Parvati en el sur de la India, incluso Berehynia, la diosa madre de Rusia. China tenía su propia gran diosa, Nü-Wa. Acorde a estas tradiciones feminocéntricas, quizá los mosuo puedan reivindicar un vínculo directo e ininterrumpido con esos primeros días de la sociedad humana. Y quizá puedan afirmar ser uno de los pocos vestigios de la sociedad humana matrilineal original.

El verdadero misterio es cómo ha conseguido la tribu mosuo aferrarse con tenacidad a esa antigua tradición matrilineal sin sucumbir a todas las influencias paternalistas posteriores que la rodean.

No hay más que comparar a los mosuo en la orilla occidental del lago Lugu, que hoy por hoy siguen siendo firmemente matrilineales, con sus primos de la orilla oriental, que se han vuelto patrilineales con el tiempo. Los mosuo del este, que se habían emparejado con las tropas mongolas que habían quedado atrás después de la anexión de Yunnan a China por parte del Kublai Kan, en el siglo XIII, eligieron adoptar la alternativa paternalista. Los mongoles llevaron con ellos su modo de vida androcéntrico a la comunidad mosuo oriental, en la que se identificaban como descendientes de los mongoles hasta tal punto que, no hace mucho, elevaron con éxito una petición para que los clasificaran como pertenecientes a la tribu minoritaria mongola, no a la mosuo. Pero, a pesar de la conversión patriarcal de sus primos del este, los mosuo occidentales permanecen incólumes ante las influencias androcéntricas.

La tribu no solo se aferró a su herencia matrilineal frente a la influencia de sus primos mosuo inmediatos. Contra todo pronóstico, mantuvo su matrilineaje a pesar de entrar en contacto con

tribus vecinas de las montañas que veneraban a dioses masculinos y seguían una tradición patriarcal.

Lo más revelador, hasta ahora, es que los mosuo han sido capaces de soportar las presiones ejercidas por la cultura china, androcéntrica, que se afianzó hace cinco mil años y se extendió por todo el país. El patriarcado chino han es fuerte y generalizado, y continúa manteniendo su dominio incluso en la China contemporánea. Yo nací y crecí en el mismo entorno cultural adoptado por una sociedad inmigrante mayoritariamente china en Singapur, de modo que estoy familiarizada con la idea de transitar por un mundo en el que los hombres son los jefes tanto dentro como fuera de la casa, y las mujeres se ven relegadas a un lugar en la familia muy por detrás de sus maridos e hijos. Puede que las cosas hayan mejorado a todos los niveles para las mujeres desde que entraron a formar parte de la fuerza de trabajo en este siglo, pero, aun así, el patriarcado continúa omnipresente en la sociedad china.

Para mí, la historia de un pueblo que rinde homenaje a una diosa en un mundo lleno de figuras paternas como divinidades y sigue un modo de vida matriarcal en una sociedad gobernada por el patriarcado es tan interesante y excepcional que parece demasiado buena para ser cierta. Sentí la necesidad de despertar cerca de una diosa de verdad que esperaba a ser vista y tocada. Quería ver por mí misma cómo se mantiene esa tribu como una rareza feminista en la China patriarcal.

Abandoné el resto de mis planes de viaje y me fui directa al lago Lugu, situado en la remota provincia de Yunnan, en el extremo suroeste de China. La suerte quiso que mi viaje coincidiera con el Festival de la Diosa de la Montaña que se celebra todos los veranos en honor de Gemu. El festival se conoce entre los lugareños como Zhuanshanjie, «pasearse por la montaña» en chino, y es el más importante del pueblo mosuo.

Gemu, la deidad de la montaña, es una elevación de granito enorme a tres mil seiscientos metros por encima del nivel del

mar, sentada a horcajadas sobre el lago Lugu, situado en lo más profundo de altas montañas. De haber viajado allí hace noventa años, como hizo Joseph Rock, botánico, explorador y escritor austríaco, desde Lijiang, el centro de comercio del té más cercano, habría tardado siete días en recorrer a caballo los casi doscientos kilómetros de terreno accidentado por una pista de montaña. Yo partí en la comodidad de un coche con chófer que avanzaba a toda velocidad por una moderna y sinuosa carretera de asfalto.

El viaje por aquella carretera montañosa y serpenteante, aunque arduo, permitía admirar un paisaje hermoso. El campo, salpicado de pinos, ofrecía unas vistas espectaculares de picos nevados y pequeños valles bañados por el Jinshajiang, el Río de Arena Dorada, el primer afluente del gran Yangtsé. El trayecto no era fácil, la estrecha carretera de un solo carril de doble sentido discurría por lo alto de laderas escarpadas con atascos frecuentes causados no tanto por coches como por rebaños de vacas y cabras montesas que, en su búsqueda de pastos verdes, hacían caso omiso del tráfico.

Al cabo de siete horas de penoso viaje, el vehículo ascendió una última cima y, tras tomar una curva, reveló un majestuoso lago azul propio de una imagen de postal. Esa primera visión del lago Lugu, no importa las veces que regrese, nunca deja de robarme el aliento. Enclavado en un anillo de macizos tras otro, el amplio lago tiene una bonita y sinuosa línea de costa puntuada por cientos de istmos diminutos salpicados, a su vez, de hileras interminables de abetos que se alzan en la pendiente al borde del agua cristalina.

El día de mi llegada, bajo un cielo azul claro y despejado, el lago reflejaba un celeste intenso, el azul más azul que había visto en mi vida. En un día desapacible, con nubes cargadas de lluvia en lo alto, el lago Lugu adquiere un tono grisáceo. Un día frío y despejado de invierno, con el sol brillando con fuerza, el lago se transforma en una masa de agua de color verde esmeralda vivo.

Cuando miré hacia el horizonte, una alta sierra de piedra se extendía majestuosa por toda la orilla opuesta. Curiosamente, presentaba una forma definida. Entrecerré los ojos y enfoqué la vista en el macizo, que fue tomando la forma de un cuerpo humano cuyo contorno semejaba una mujer reclinada de perfil, con la frente alzándose por encima de una nariz aquilina que terminaba en una barbilla refinada, encuadrada por una melena larga y delicada que caía en cascada desde la cabeza a la cima. El perfil seguía la barbilla hasta un hermoso cuello que se alzaba hacia un pecho turgente antes de descender a la ligera insinuación de un vientre, con el resto del cuerpo reclinado extendiéndose como una falda larga y elegante. La imagen completa guardaba un parecido extraordinario con una forma femenina en reposo.

—¡Ahí está la diosa de la montaña Gemu! —dijo mi chófer, dando voz a mis pensamientos.

Al fin me encontraba cara a cara con la deidad de la montaña. Ese singular demiurgo femenino sería objeto de una veneración especial por parte de la tribu mosuo en el Festival de la Diosa de la Montaña Gemu, al día siguiente.

El día de la fiesta, me levanté temprano. La mañana era húmeda, las lluvias de verano habían llegado a lo grande durante la noche. Caminé por los charcos hasta el vehículo, donde me esperaba el chófer. Nos abrimos paso hasta el escenario del festival deslizándonos por la pista de tierra embarrada abierta en el lado de la montaña y más apropiada para caballos que para coches. Fuimos dando sacudidas por los baches lodosos hasta que nos metimos de lleno en uno muy hondo. El conductor aceleró con fuerza y nos fuimos hundiendo cada vez más, salpicando barro por todas partes. Afortunadamente, aparecieron un par de amables transeúntes para echarnos una mano y, con la ayuda de algunas rocas y tablones delante de las ruedas, consiguieron empujarnos para salir del bache y reemprender así el camino.

Poco después, delante de mí vi a una multitud de gente que subía una ladera a toda prisa; otros llegaban a caballo o en moto. Habíamos llegado justo a tiempo de presenciar el inicio de los festejos.

Ante mí, se desarrollaba una escena animada. Los lugareños, ataviados con sus mejores galas étnicas, se afanaban en montar tiendas improvisadas, atendían las fogatas, vigilaban las ollas de arroz humeante y caldo hirviendo e iban de un lado para el otro charlando con familiares y viejos amigos. Los niños chillaban encantados, mientras jugaban al pillla pillla. En primera fila había una carpa enorme que albergaba a un grupo de lamas budistas tibetanos, los guardianes de la fe, dos de los cuales tocaban sendos cuernos alpinos para anunciar el comienzo del festival.

Una multitud de fieles ascendía lenta e ininterrumpidamente por la ladera hacia un pequeño santuario blanco y sencillo construido en una elevación en la cara norte de la montaña Gemu. Los seguí hasta el lugar de culto y contemplé cómo el gentío, tanto mujeres como hombres, rendían homenaje a su diosa de la montaña.

—¿Cómo se hace? —pregunté a un rostro amable.

—Primero, enciendes incienso y ramas de pino —dijo la mujer en cuestión, tendiéndome algunas—, y los pones delante del santuario. Son para llamar la atención de Gemu.

Seguí sus instrucciones. A continuación, me hizo una señal para que subiera los escalones con ella y me situara ante el altar.

—Haz lo mismo que yo —me indicó.

Juntó las palmas de las manos en el gesto de oración universal, se las llevó primero a la frente, después a la boca y, por último, al corazón, antes de ponerse de rodillas. Parcialmente postrada, abrió las palmas, las colocó en el suelo a ambos lados de su cuerpo y bajó la cabeza para apoyarla en el suelo. Volvió a levantarse y repitió el ritual dos veces más. Tras la tercera postración, se puso en pie y, con las palmas unidas delante del rostro y los ojos cerrados, articuló una oración silenciosa.

Esperó a que yo ejecutara los movimientos y cuando emprendió su circumambulación en torno al santuario tres veces, me indicó que la siguiera. Lo hizo en el sentido de las agujas del reloj, mientras continuaba musitando sus oraciones.

Por último, desenrolló un trozo de banderines de oración de estilo tibetano y ató ambos extremos a las ramas de un árbol situado junto al santuario para que el viento apurase sus plegarias a la diosa.

—He rezado para que Gemu esté contenta y bendiga a mi familia con otro año de cosechas abundantes y buena salud —me explicó después, cuando le pedí que me hablase de sus oraciones.

Tras darle las gracias, seguí a la multitud ladera abajo para deambular alrededor de los asistentes. La gente se reunió en torno a una zona de hierba para esperar el inicio del espectáculo. Un mosuo salió a zancadas al centro del escenario y se llevó una flauta a los labios. Suavemente, tocó una melodía que más tarde yo sabría que era la señal habitual para que empezara la danza circular. Algunos valientes se adelantaron con entusiasmo para entrelazar las manos y comenzar a moverse al ritmo de la música y el paso del flautista, que los condujo alrededor de la pista de baile improvisada.

Pronto, se unieron otros lugareños que se apresuraron en adoptar sus posiciones: primero los hombres, las mujeres a continuación y los niños detrás. Todos iban con sus mejores galas: las mujeres, resplandecientes con sus tocados coloridos a juego con camisas de distintos tonos, largas faldas, blancas y ondeantes; y los hombres, garbosos bajo sombreros de vaquero y camisas en colores amarillos vivos. Todo el mundo se dio la mano para formar un círculo tras el flautista, que prosiguió con su melodía de cuatro tiempos. Manteniendo el paso, los hombres zapateaban con sus botas altas, las mujeres bailaban con gracia y los niños se esforzaban por seguir el ritmo. De vez en cuando, el grupo de bailarines arrancaba a cantar la conocida melodía en un coro sonoro.

Los espectadores se dirigieron a las carpas, donde pasarían la tarde comiendo y bebiendo, mientras el baile continuaba. Yo también fui a buscar comida y lo conseguí cuando entré en una tienda en la que se había congregado una gran familia. En aquella tienda abarrotada, el centro de atención era una anciana rodeada de numerosos hijos y nietos. Sonreí y le ofrecí un paquete de tabaco a la mujer, que me hizo un gesto para que me sentase a su lado. Miré alrededor y vi a una de sus nietas, no demasiado tímida, con la que entablé conversación. La adolescente de sonrisa encantadora se llamaba Cher-er Ladzu.

—¿De qué va todo este festival? —pregunté a Ladzu.

—Hoy es Zhuanshanjie y venimos aquí para celebrar el día dedicado a Gemu, la diosa de la montaña. Llevo todo el año esperando esto —me contó.

—Gemu es nuestra protectora —intervino la abuela de Ladzu, mientras yo me acomodaba con la esperanza de que me invitaran al pícnic familiar—. Es su deber cuidar de todos los mosuo junto al lago. Damos gracias a la diosa en su gran día, que cae el día 25 de la séptima luna del Año Lunar.

Sus siguientes palabras, «¿Le gustaría comer con nosotros?», fueron música para mis oídos. La comida, hizo un gesto hacia la olla que hervía en el exterior de la tienda, era un lechón entero cocido en caldo a fuego lento. Comimos aquella carne deliciosa con los dedos, al estilo pícnic. Alguien me ofreció a elegir entre té caliente, cerveza o vino de arroz *kwangtan* casero. Me senté con la familia Ladzu y me pasé la tarde dando sorbos y mirando a la gente.

Un festival siempre abre una ventana al alma de la comunidad que lo celebra. Para mí, el hecho de que la tribu mosuo mantenga vivo el de la diosa de la montaña indica un par de cosas. Venerar a una deidad de la montaña forma parte integral del culto a la naturaleza que se remonta a una antigua tradición pagana. Los primeros humanos veneraban la naturaleza de una forma u otra

y divinizaban objetos como el cielo, el sol, la luna, los arroyos, las formaciones rocosas, los animales y, en particular, las montañas. Los mosuo no son diferentes y al continuar celebrando y rindiendo culto a esa deidad de su montaña, nos dicen que, lejos de abandonar sus antiguas creencias, otorgan gran valor a la conexión con sus orígenes culturales y religiosos.

Al elegir homenajear a Gemu, una diosa en lugar de un dios, los mosuo también reconocen la posición de la mujer en su mundo. De ahí el vínculo entre la elección de una diosa, no un dios, por parte de los mosuo y la herencia matrilineal de esta tribu en particular. La elección de Gemu como deidad más importante nos indica que esta comunidad sostiene la feminidad como principio cardinal en su corazón y en su alma. Concuerda con el valor fundamental de definir su linaje por la línea de sangre materna.

Estos feministas tenaces, tanto mujeres como hombres, regresan cada año al santuario de Gemu, en la montaña sagrada, para recordar el lugar de la mujer en su universo. Son lo bastante supersticiosos para rendir homenaje a su protectora divina con el fin de asegurar su prosperidad el año siguiente. Su calidad de vida, creen, depende de la generosidad de Gemu. Después de todo, el trabajo de la diosa consiste en bendecir y proteger al pueblo mosuo que vive a su sombra.

Además de cumplir el antiguo ritual de culto de la diosa de la montaña, los mosuo, como acabaría descubriendo, valoran mucho otras costumbres culturales antiguas que se dan únicamente entre ellos. Una de mis historias favoritas trata sobre cómo la vida de un mosuo es, en realidad, una vida de perros, literalmente. No en el sentido de una vida miserable como suele utilizarse esa frase, sino en un sentido profundo de gratitud hacia el perro, el único animal que hizo el sacrificio máximo de intercambiar una larga vida en favor de los humanos. La bonita historia del perro y su lugar especial en el mundo mosuo se cuenta una y otra

vez a todos los niños. Yo voy a parafrasearla a partir de las palabras de una amiga mosuo cuando le pregunté al respecto.

Hace mucho mucho tiempo, el Gran Espíritu decidió asignar diferentes tiempos de vida a todas las criaturas bajo el sol. La regla del juego consistía en ser el primer animal en responderle cuando gritaba un número que representase una duración concreta.

—¡Mil años! —gritó el Gran Espíritu por primera vez al romper el alba.

Madrugador, el ganso salvaje que pasaba volando emitió un graznido para reclamar esos mil años de vida.

—¡Cien años! —El Gran Espíritu hizo su segundo anuncio.

Un pato que volaba detrás del ganso salvaje descendió en picado para reclamar el segundo mejor tiempo.

Y así continuaron los llamamientos, siguiendo un orden descendente.

—¡Sesenta años! —Fue uno de los últimos.

Ya despierto y meneando la cola, el perro aceptó esa oferta.

—¡Trece años! —Fue la última de la mañana.

La lenta mosuo que se despertó al fin no tuvo más elección que levantar la mano. En nombre de los humanos, sacó la pajita más corta.

Dado que el ser humano es codicioso por naturaleza, la mosuo expresó lo decepcionada que se sentía porque se concediera un tiempo de vida tan breve a los suyos.

—¡Queremos más! —reclamó al Gran Espíritu.

—Pídele a alguna otra criatura que te cambie su tiempo —fue la respuesta.

Así que lo intentó. Fue pasando del ganso al resto de los animales. Todos se negaron a ceder. Finalmente, consiguió que el perro la escuchara.

—¿Qué te parece? ¿Mis trece años por tus sesenta? —rogó al perro la representante humana.

El perro ladeó la cabeza y lo consideró un momento antes de que se impusiera su naturaleza generosa.

—De acuerdo, trece años es tiempo suficiente, si llevo una vida feliz. Dame de comer tres veces al día, no me pegues nunca y ¡cambiaré mi tiempo de vida por el tuyo!

Y así se cerró el acuerdo. Desde ese día, los humanos viven hasta la avanzada edad de sesenta años, mientras que el perro lleva una vida más corta, de tan solo trece años, pero más regalada.

Para cumplir con su parte, los mosuo valoran a su donante canino y, a día de hoy, siguen manteniendo la promesa de tratar al perro como a su benefactor. Son excepcionalmente amables con sus perros, no con el exceso de indulgencia con el que se trata a los perros como mascotas, sino de un modo mucho más especial que al resto de los animales domesticados. Todos los niños aprenden a ser amables y cariñosos con ellos y no sé de ningún vecino que maltrate o abandone a uno. Un mosuo siempre se asegura de que el perro de la familia reciba su ración a la hora de las comidas. En más de una ocasión, he visto a una mosuo arrugar la nariz y negar con la cabeza ante la mención de la exquisitez de la carne de perro que servían en un restaurante chino.

La trillada historia sobre la mujer mosuo y su perro cobra vida cada vez que un niño llega a la pubertad, alrededor de los trece años. Todas las familias mosuo señalan el paso de ese umbral con una ceremonia de iniciación en la vida adulta. Representa la entrada del niño en la madurez y es única, dado que en la cultura china contemporánea no se celebra la llegada de la pubertad.

Más extraño es el hecho de que los mosuo la conecten con su querida historia del perro. La elección del decimotercer año como el punto de transición a la edad adulta coincide con la esperanza de vida que asignaron originalmente a los humanos y que estos cambiaron con el perro. En recuerdo de su deuda de por vida con este por su regalo especial, al final de la ceremonia, los

mosuo recuerdan al nuevo miembro adulto que debe alimentar al perro de la familia con una comida especial.

La ceremonia siempre tiene lugar el primer día del Año Nuevo Lunar del calendario chino. No se produce el día que el niño cumple trece años, como cabría esperar. Los mosuo no cuentan la fecha de nacimiento de una persona para señalar su edad. Su edad se cuenta en referencia a cada día del Año Nuevo Lunar transcurrido. En otros tiempos, antes de que se adoptara el calendario lunar, sus antepasados habrían contado la edad cuando llegaba la primavera: otra primavera, otro año.

La familia con un adolescente a punto de cumplir los trece años se prepara con antelación para el gran acontecimiento. Hace una limpieza a fondo en la casa, compra ropa nueva para el adolescente y prepara un montón de comida para la fiesta, a la que invita a todas las familias del pueblo.

Yo tuve que llegar al romper el alba para asistir por primera vez a este acontecimiento en la casa de una familia mosuo propietaria de un parador en la aldea de Lige, junto al lago, con la que acabaría entablando una gran amistad. Apretujada entre la multitud de parientes y turistas curiosos que ya se había reunido delante del hogar, me volví para preguntarle a una vecina que estaba a mi lado sobre el significado de la ceremonia.

—Para nosotros, los mosuo, la llegada a la edad adulta, a los trece años, es el día más importante de nuestras vidas. Lo llamamos «celebración de entrada en la vida adulta» —dijo.

El nombre de la niña a la que se rendía homenaje ese día era Xiao Wujing (o Pequeña de Dos Kilos, por su peso al nacer), la hija de los propietarios del parador. Todas las miradas estaban puestas en ella cuando hizo su aparición en la sala familiar. Se trataba de un acontecimiento por el que debía de llevar mucho tiempo esperando. El día señalaba la decimotercera primavera desde el año en que había nacido y era el día más significativo de su joven vida, el día en que alcanzaba la edad adulta. A partir de

ese momento, Wujing sería una persona hecha y derecha a la que se le otorgarían todos los derechos propios de un adulto.

Como adulta tendría derecho a llevar la vestimenta de gala mosuo, algo que antes no le estaba permitido. Ponerse el vestido era, por lo tanto, el acto simbólico principal de la ceremonia.

La Pequeña de Dos Kilos, vestida con un chándal común, como cualquier otra adolescente, parecía algo nerviosa cuando se acercó a la columna de madera femenina, situada en el lado izquierdo de la habitación (del género de las columnas hablaré más adelante).

La condujeron hasta un saco de arroz, al que debía subirse con un pie, mientras apoyaba el otro en un cerdo desecado, un símbolo de riqueza para los mosuo. El arroz representaba una edad adulta bendecida con comida abundante en la mesa. El cerdo, una gran fecundidad.

La tía materna mayor de Wujing tenía el honor de officiar la ceremonia de Puesta de Falda. La mujer comenzó sosteniendo una larga falda fruncida para que la chica se metiera dentro y se la ató en torno a la cintura, todavía diminuta. Después, la ayudó a ponerse una chaqueta de color rojo vivo, que le ajustó con una banda de color rosa, también vivo. Como toque final, le colocó el tradicional tocado trenzado en la cabeza. De repente, se transformó de un chicozo con ropa de deporte a una joven mosuo completamente acicalada.

Siguiendo con el ritual, su tía recitó en la lengua mosuo:

—Hoy maduras como persona. Te deseo una vida larga y tranquila, sin problemas. Avanza hacia tu vida adulta, pues ahora ya sabes comportarte como es debido.

Con un aire algo desconcertado, Pequeña de Dos Kilos alzó la vista y asintió; sus ojos reflejaban que comprendía la solemnidad de la ocasión.

Una vez que la familia al completo y todo el pueblo hubieron presenciado su entrada en la edad adulta, Wujing dio las gra-

cias postrándose tres veces delante de cada uno de los ancianos: primero su tía, después su madre y todos los demás. Se sirvió té de manteca humeante para señalar el final del ritual formal, mientras Wujing desaparecía para ofrecer una comida especial al perro de la familia.

Poco después, nos condujeron a todos al patio y nos unimos al banquete. Todas las familias de la comunidad estaban invitadas y, como es costumbre local, representadas por al menos un pariente para presenciar el acontecimiento y reconocer a la nueva adulta como miembro pleno de la comunidad.

Comprendí que llegar a la edad de la pubertad para un mosuo implica algo más que vestir ropa de adulto. Antes del ritual, no es que no se considere persona a un niño mosuo, sino que aún no se le ha considerado como tal en la comunidad. Si un niño muriese antes de convertirse en un adulto, no tendría derecho a un rito funerario completo. Al convertirse en una persona en la decimotercera primavera de su vida, podía esperar con ilusión una larga vida como parte de su familia matrilineal y miembro de la comunidad.

Un par de años más tarde, me dieron la oportunidad de adoptar un papel más activo en otra ceremonia de conversión en adulto. En esa ocasión, el que cumplía trece años era Nongbu, el hermano pequeño de Ladzu. Los padres del muchacho me hicieron una extraña petición cuando llegué a su casa.

—¿Puedes officiar el ritual de Puesta de Pantalón para nuestro chico?

—Eh... ¿Es similar a la Puesta de Falda de las chicas? No estoy muy segura de cómo hacerlo. ¿Por qué no lo hacéis vosotros?

—¡Nosotros tampoco estamos seguros de cómo hacerlo!

Accedí; instintivamente me di cuenta de que me concedían un honor y no podía rechazarlo. Me guie por lo que recordaba de lo que había visto en la celebración de ingreso en la edad adulta de Pequeña de Dos Kilos y fingí que sabía qué hacer.

—¿Hay una columna masculina en la habitación? —pregunté.

—Aquí, a la derecha, donde he colocado el arroz y secado un cerdo —respondió la madre de Nongbu.

Conduje al chico, aún vestido con una sudadera y vaqueros, a la columna del género correcto y lo situé encima de dos escabeles temporales simbólicos. Su madre me entregó un pantalón de talla grande. Lo sostuve delante del chico y le hice un gesto para que se metiera en él. Fue así como se puso su primer pantalón de adulto.

Su madre, para incitarme a que continuara, me dio una chaqueta larga de estilo tibetano, demasiado grande para aquel niño de trece años que aún no se había desarrollado. Conseguí meterle los brazos por las largas mangas, pero tuve problemas cuando intenté atar aquella cosa abultada en torno a su pequeño cuerpo. La tía por parte de madre de Nongbu intervino al instante para echar una mano. Completamente ataviado con ropa de adulto, Nongbu esperó el toque final, que aporté enseguida colocando un gorro de cazador de piel en su pequeña cabeza.

Entonces llegó el momento en que debía decir algo especial para dotar de significado el ritual. Improvisé.

—Nongbu, ya eres un hombre. Recuerda hacer siempre lo correcto y nunca olvides cuidar de tu familia —dije en voz baja, esperando que aquellas palabras bastaran.

Para ese joven, convertirse en un adulto significaba que se le iniciaría de manera gradual en el papel del hombre mosuo. Entre otras cosas, se esperaba que contribuyese con su fuerza física a las labores manuales de la granja familiar y que continuase viviendo con su familia materna de por vida. Sería libre de formar una relación con la mujer que escogiese, pero no se casaría con la *axia*, amante en lengua mosuo, no la llevaría a casa, porque el hogar solo comprendía a los miembros de la familia matrilineal. Tampoco tenía ninguna responsabilidad o derecho sobre el hijo que pudiese tener su *axia*, pues ese bebé pertenecería a la familia de ella, no a la suya. Nada de deberes conyugales o paternos.

En el caso de una joven como Wujing, obtiene una ventaja adicional al alcanzar la edad adulta: una habitación propia en la casa materna. También se le da vía libre para vivir y amar en la vivienda materna, donde cohabitará con su madre y sus familiares por parte de esta, sus hermanos, sus primos, sus tíos y su abuela materna, un arreglo que durará toda la vida. Tiene libertad para practicar el modo de vida amorosa de los mosuo, caracterizado por el matrimonio andante, y escoger a sus *axias* sin tener que casarse con ninguno, mudarse a su casa o formar una familia propia con él. A medida que se haga mayor, se la alentará a tener hijos que añadir a la familia matrilineal. Cualquier niño nacido de su vientre pertenecerá únicamente a esta familia. Ninguno de estos singulares arreglos sociales practicados por los mosuo se ha dado nunca en otra parte de China ni antes ni en la actualidad. Hoy en día, probablemente no existen en ningún otro lugar del mundo. No podrían existir jamás en una sociedad androcéntrica, que es la antítesis del matriarcado.

A través de la mezcla laberíntica de fábulas y leyendas de su pasado pagano al que se superpone su presente budista tibetano, los mosuo se aferran a un hilo continuo preponderante, el de la celebración de la mujer. Mientras la luna se considera una fuerza femenina de la naturaleza en la mayoría de las culturas, y la cultura mosuo también la venera como a una diosa, el sol suele verse como una deidad masculina en muchas culturas antiguas. En el mundo espiritual mosuo, el sol es una diosa irrefutablemente femenina. Para esta tribu matrilineal, las deidades de la montaña pueden ser femeninas o masculinas, pero la más adorada es femenina, Gemu, la diosa de la montaña. Es lo primero que llevó al lago Logu a la feminista que llevo dentro. Cuando me marchaba del festival, tuve un pensamiento fugaz: «Justo ahí, en las recónditas montañas de China, yace la promesa de la historia más fascinante sobre las mujeres».